

Las Entrañas del Infierno

He estado muchas veces en el infierno. Entraba y salía a mi antojo, hasta que una mañana, antes de volver a mi cueva, me pasó cuentas, una tortura para mi alma. Con lágrimas tan estériles como la propia muerte, persiguiendo extraer de quién creí que me amaba algún sentimiento de compasión, quedé en solitario en aquella cámara premortuoria, mientras observaba sus dos espaldas alejándose hacia la nada. Mis mejillas, demacradas bajo una luz que, imitando al sol, me confería un aspecto poco atractivo a los ojos de aquella muchacha, ahuyentaron a mi ángel de la guarda, mi única salvación, al que otra vez volvía a acompañar el mismísimo diablo, de cuya presencia una vez quise librar.

Unos ojos difuminados entre las tinieblas de los alcaloides que los colmaban, y de cuya desagradable mirada en un principio siempre intentaron evadirse los míos, iban recorriendo con cierta mofa los percances que había sufrido mi ser. Tomando la frágil mano de la doncella que me condujo hacia las puertas del infierno que regentaba aquel diablo, que ahora la tenía sujeta con sus garras, esta vez mis ojos vieron como ya definitivamente la arrastraba hacia sus dominios, abandonando una habitación eterna, en la que nunca más volvería a entrar. En mi retina quedaron ancladas nuevamente la luna y dos estrellas.

Solo, revolviéndome entre los espumarajos de mi propia desgracia, y con la mirada ausente de unos ojos envenenados desvelando mi sueño, quedé para siempre sobre un trono de ruedas, imaginando día tras día mi propia salvación, el regreso de la persona amada con los brazos

extendidos para buscar el contacto de los míos, un hálito de vida que me animase a seguir respirando. El tiempo ha pasado y ahora sé que no me amaba. Era el interés todo cuanto la movía en una búsqueda de la fuente capaz de calmar su sed.

Me pregunto que habrá sido de aquella "chiquilla" de mirada embriagadora que un día conocí, ángel manchado, tal vez ahora muerto, tal vez vagando con una mente vacía buscando la sustancia capaz de colmársela, tal vez como objeto de placer del señor de sus tinieblas... Entre tanto, aquí vivo mi reposo eterno, inutilizado por el destino para contemplar el mundo desde una silla de ruedas, víctima de mi propia insensatez, todo, guiado por la sociedad.

-II-

Recuerdo la infancia desvaneciéndose en la pubertad, la época en que las hormonas enloquecieron, el vello apareció y mis ojos en ellas se fijaron. Curvas trazadas con una perfección nunca superable, minuciosamente colocadas por alguien que tal vez quiso subyugar al hombre para hacerle enloquecer ante el cenit de su creación; pequeños bulbos germinando ocultos bajo las ropas, que captaron en numerosas ocasiones la atención de mis abriles; sus miradas picarescas, llenas de dulzura; los cuchicheos entre ellas, acompañados de discretas ojeadas y sonrisas. Todo atraía cada vez más mi interés, no obstante, siempre fueron merecedoras de mi gran respeto, aunque también me engendraron cierta timidez.

Los estudios, junto con las relaciones familiares, empezaron a fallar; querer sin poder, necesidad de independencia, ganas de acción frente a una vida

desconocida, y rebeldía corriendo por mis venas, me llevaron a romper con la ya pasada inocencia. Con aquel cambio, las cosas que alimentaron mi infancia quedarían atrás. El dinero, de forma inexplicable, comenzó a causar cierta dependencia y su escasez no me permitía muchas “necesidades”, así que deje los estudios y me entregué a aquello que mantiene el país, trabajar para subsistir en un mundo difícil y quizá, contribuir a enriquecer las arcas de unos pocos. Aunque en un principio no me hicieron contrato, corrí bastante fortuna, y en fin, es el trabajo aquello que dicen dignifica al hombre.

Dinero, dinero... Todo cuanto quisiese podía ser mío; comprar una cosa u otra que llenara mi sed interior, se convirtió en el alimento de una adolescencia que tenía el futuro en sus manos; desgraciadamente no me di cuenta de que ello poco saciaría la sed de mi joven alma y me iba a conducir hacia una desgracia nunca imaginable.

Tras dejar los estudios y entregarme en cuerpo y mente a las inagotables jornadas laborales de la industria textil, las únicas posibilidades de relacionarme con gente de mi edad se extinguieron durante los días de trabajo, que tanto se aprovechaban de mi tiempo para disfrutar de la vida. Por suerte o por desgracia, quedaron las noches del fin de semana. Un entorno en el que, primero el tabaco, seguido del alcohol y después aquellas curvas de la locura, empezó a crearme adicción al medio de las alimañas de credo nocturno.

Vatios de sonido; luces en movimiento; danzas exóticas en un entorno cavernoso, formaban un lugar diferente al mundo conocido que atraía con facilidad a personajes poco deseables, con los que prosperaban los pequeños negociantes buscando alguna alma de la que apoderarse mediante alguno de sus productos sintéticos; alucinógenos que, en manos de gente con problemas, les permitían

escapar de su realidad o les llevaban a comportarse de forma violenta. Nunca llegué a imaginar que por amor, tal vez necesidad, o miedo a estar solo, yo también pudiese caer en aquella red de enajenación que me llevó a perderme a mí mismo y todo lo poco que tenía.

En un principio, no me atrajo con demasiada la vida después del crepúsculo, pero era el único medio con el que creí contar para relacionarme con la gente de mi edad, al haber roto con todo cuanto atañía a mi pasado, pero... aquellas curvas,... lo decían todo. Era inexplicable la atracción hacia el sexo opuesto. La música - según llamaban a aquel conjunto de sonidos inaudibles, más propios de un cataclismo- empezó a adentrarse en mi cerebro, que fue descifrando su lenguaje y se rindió ante sus ritmos. Todas las partes móviles del cuerpo se estremecían frente a tal cúmulo de vibraciones y, una vez en movimiento, le resultaba difícil detenerse. La dejé fluir dentro de mí para quedar fundido con la ella.

Con una música vibrante, digital y acelerada, conseguí moverme como un auténtico endemoniado, aunque siempre teniendo conciencia de cada uno de mis actos, pero que a ojos de cualquier mortal común, parecía estar bajo los efectos de la droga más poderosa creada por el hombre. Aquella extraña danza, fue la causante de que ciertos interesados en conocer la fórmula capaz de producir tal efecto, se decidiesen, con cierto temor, a acercármese. De un modo un tanto extraño, conseguí algunos buenos amigos, que, entre bromas, nunca llegaron a creer que no tomaba ningún narcótico. Siempre quedaban atónitos ante mis movimientos. Fueron ellos quienes me condujeron a otras regiones en las que mostrar su descubrimiento, ampliando así, mis conocimientos acerca de aquel nuevo mundo. Causé bullicio y admiración allá donde iba, todo un espectáculo en el que yo era el centro y el resto, hervía a mi alrededor.

Yo quería más, más, cada vez más. Coches, velocidad, alcohol, música, tabaco,... eran el condimento hacia el descubrimiento de nuevos centros de poder.

-III-

La semana se eternizaba a la espera de su ocaso. Trabajar junto a unos viejos iracundos, que no tenían más vida que producir en una empresa que les explotaba y en la que nunca eran valorados, hacía que no me sintiese integrado en ella. También existían unos despiadados turnos rotatorios que permitían a la empresa una producción de veinticuatro horas al día. (Cuando me tocaba el turno de noche era lo más insoportable que había vivido hasta el momento). Nunca llegas a acostumbrarte.

En aquel entorno, los compañeros también se mostraban bastante cerrados ante cualquier jovenzuelo innovador y falto de experiencia. Aversión, telas, más telas y la aerografía, hacían un medio poco deseable, pero daba dinero, lo que entonces yo más quería. Por suerte, siempre hubo algún compañero junto al que pasar buenos momentos por su particular versión de la existencia humana en aquel lugar nada codiciable.

Fue allí donde me aleccionaron sobre las metas de todo ser humano. Tras celebrar la mayoría de edad, el primer requisito para ser un verdadero hombre, era obtener el carnet de conducir y un coche; más libertad e independencia. ¿O no?. Quién sabe si es la sociedad la que nos crea unas necesidades materiales que, para conseguirlas, nos lleven a trabajar más y más, para así, tenernos ciegamente ocupados, contribuyendo a mantener a unos políticos diestros en el arte de la

sugestión, sin que nos sublevemos ante su autoridad y un conjunto de leyes que, la mayor parte de las veces, sólo benefician a la clase dominante.

En fin, no me resultó difícil sacarme el carnet de conducir; tenían bien implantado su pensamiento en mi testa. Vehículo, de momento utilizaría el de mi madre, que únicamente lo destinaba para ir a trabajar. Yo, por el contrario, lo necesitaría el fin de semana para pasarlo en grande junto a mis amigos, que aquel día se triplicaron; tampoco tardarían en emerger las chicas. Pero yo quería mi propio coche, así que no tarde en ponerme a trabajar haciendo más horas que un reloj, incluso sacrificar algún sábado ahorrando cada numisma. Casualmente, como vieron que era muy trabajador, me hicieron un contrato -que no habría querido ni un inmigrante de tórridas y lejanas tierras-, pero en fin, ya estaba asegurado y empecé a contribuir para engrosar las arcas de la nación.

Como mis padres ya no se preocupaban por mí –pues tenían bastantes problemas con su divorcio-, llegado el día, me gaste de golpe una buena cantidad de dinero que tenía ahorrada. No quise atarme a los intereses bancarios, así que lo pagué al contado; era un coche nuevo y sólo mío, no estaba dispuesto a compartirlo con ningún banco. Con semejante vehículo, de un color muy llamativo y una línea deportiva, además de un potente motor, que era toda una bomba de relojería, de la que extrañamente nadie quería separarse, empecé a vagar en busca de nadie sabe qué y gastando en un fin de semana casi más dinero del que pudiera ganar en una jornada laboral completa. Iba presumiendo delante de cualquier doncella que pasase a menos de cinco metros de mí, hasta llegar a convertirme en un auténtico remanso de jilipollez, junto al que todos querían estar. Haber

alcanzado una meta social me daba seguridad a mí mismo y empecé a gozar de las compañías que cualquier chico podría querer.

-IV-

Ropas ajustadas, faldas cortas, escotes, sonrisas, miradas,... Me resultó algo trabajoso establecer confianza con ellas, pero pude contar con la ayuda de alguno de los amigos que me forzaban a sacar unas cualidades desconocidas y ficticias para mi consolidado carácter, incluso llegué a parecer simpático. Un día me presentaron una nueva amiga, un poco más menguada que yo en edad y altura, pero era un ser paradisiáco. Vestía una falda confeccionada con escasas telas -algo muy extendido en aquel ambiente de vicio atrayente- y una prenda blanca muy ajustada contorneando la parte superior. Su frágil y delicado aspecto con aquella piel blanquecina, que contrastaba con sus ojos trigueños; su tez sonrojada en las tiernas mejillas, que le favorecía en gran medida; el pelo liso como la calma, del color de la tierra; las manos ejercitadas en el tacto refinado... Todo resultaba una irresistible trampa.

Para restarle perfección a tal cúmulo de belleza, la acompañaba su pretendiente; un tipo desagradable con un colgante en la oreja, la cabeza rapada, a juego con el cuero de sus botas y unos ojos cavernosos rodeados de un halo de oscuridad que, sumados a sus huesudos pómulos, le brindaban un aspecto de muerto viviente.

Ambos nos quedamos mirándonos durante un segundo, a lo que ella respondió con una tímida sonrisa. Tras percibir la complicidad de nuestras miradas, el sujeto que la custodiaba se interpuso entre nosotros. Algo se estaba fraguando en el ambiente, quizá afecto, y aquel diablo no iba a permitir que le arrebatase el alma de su nueva conquista. Con su mirada torva, se presentó por su cuenta para alertarme del peligro que podía correr si pretendía cosa alguna. Tomándola del brazo como a un objeto de su propiedad, la alejó de mi punto de mira, para arrastrarla hacia los confines de sus dominios.

La volví a ver en repetidas ocasiones esperando que fuese ella quien acudiese a saludarme, quizá ella aguardaba lo mismo de mí, y finalmente nunca llegábamos a saludarnos. Yo seguía observándola cada fin de semana visitando alguno de aquellos lugares asociados a la diversión nocturna, por los que solíamos acudir. Contemplaba su actitud holgada con la gente, cuando se acompañaba de alguna amiga, o su aspecto tímido, cuando la escoltaba quien se creía su titular. Me repelía verla inmersa en una inmovilidad austera cada vez que aquel ser repulsivo, pululando a su alrededor como un mosquito a la luz de una farola, forzaba unas muestras de afecto, lejos de la intimidad que tal vez ella requería.

Una tarde que precedía a la noche en que nuevamente volvimos a establecer contacto, les vi discutir abiertamente, luego supe que habían roto su estima, si es que cabe imaginar que la hubiese. Un rayo de luz se abrió ante mi alma sedienta de afecto, fulgor que por fortuna no alcanzó a cegarme perdidamente, pues una semana después volvían a estar juntos. Pero, tras aquel incidente, volvimos a saludarnos, aunque sin llegar a permanecer un minuto juntos.

Tener vehículo propio ciertamente otorgaba más libertad, en cuanto a desplazamientos se refiere. Algunos privilegiados poseedores de coche, acogíamos sin vacilar a nuestros amigos y amigas (inmersos en la necesidad de vagar por cuenta propia haciendo uso del zapato), para así, congregados en manadas de cinco ocupantes, acudir a las fiestas más pintorescas fuera de las murallas de nuestra ciudad, en la que todo se nos hacía pequeño.

Empecé a ser habitual de los nuevos lugares conocidos, ambientes probablemente poco aconsejables para personas como yo, introvertido por naturaleza. Con seguridad, me atrevo a augurar que por ello busqué en otra persona todo cuanto consideraba que era uno de mis defectos. Por otro lado, el miedo a permanecer solo, sin nada que hacer cuando no estaban mis amigos -con los que nunca llegué a integrarme plenamente-, me condujo hacia mi perdición, no aceptarme a mi mismo. A pesar de todo, me adapté bastante bien a aquel medio, incluso sentí cierta dependencia de él y de mis amigos.

-V-

Una noche más, lejos de nuestros hogares, en una localidad extraña sumida entre el alboroto de sus fiestas locales, el amo y señor de semejante doncella, cayó víctima de una sustancia adulterada de consumo poco aceptado entre la sociedad, y con las que solía costearse el gasto ocasionado cada fin de semana. Extirpó de cuajo la diversión de nuestras mentes e hizo que lo condujésemos con avidez al centro médico de la localidad, donde tuvo que ser hospitalizado con urgencia. Recuerdo situaciones semejantes causadas por el alcohol, ingerido con exceso en

ayunas, pero nunca llegaron a tanto, ni causaron tanto temor. Esta vez estábamos lejos de casa y no era alcohol.

La situación vivida les llevó a romper sus lazos afectivos, según creí, ya definitivamente, así que me aproveché de la situación para entablar mayor confianza con quien ocupaba el centro de todas mis fantasías. Me ofrecí a llevarla a casa alguna noche en un vehículo que la atrapó, dentro de su hechizo de confort, ante los ojos de sus amigas, sujetas al desgaste de suela. Finalmente, la fuerza del universo nos sentenció a salir juntos. Conociéndola un poco más, no resultó ser tan afectuosa como creí, pero sí muy jovial y extrovertida con todo el mundo, carácter del que yo carecía, derivando con ello una presencia sin la cual me resultaba difícil pasar un fin de semana. Giré alrededor de un astro demasiado desmedido para mí que me condujo a un abismo irremisible.

Luces, sonidos, alcohol y brincos se conjuraron para que pudiese acariciar las curvas que me hicieron perder la razón. Fue una esquina, ambientada por horas de ignotas bebidas sobre nuestros cuerpos, la que acogió nuestra amistad para extenderla más allá de las fronteras de la ropa en furtivas caricias inexpertas.

Dando un respiro fuera de aquel lugar que congregaba a multitud de adictos a una oscuridad resquebrajada de luces sintéticas y vatios de sonido, volvimos al coche, abierto de par en par y del que surgía una música no menos atronadora. Allí estaban reunidos nuestros amigos, abasteciéndose de variados brebajes llenos de alcohol y danzando alocadamente alrededor del coche; un aparcamiento saturado de ambientes similares, fuera de la discoteca, en el que disfrutaban de mejores bebidas y más baratas de cuanto pudiesen costar en aquel infierno. Buscando emociones más fuertes que las proporcionadas por el alcohol, surgieron las drogas.

Primero fue un porro, luego apareció nuevamente el diablo de mis sueños, aquel al que le arrebaté la novia y, como si nada hubiese sucedido entre nosotros, nos ofreció algo que según él era lo más. Mancebos despertando a la vida entraban al coche de dos en dos a probar el tentador producto, concebido en los avernos. Desde el exterior, pude observar tímidamente como declinaban sus cabezas para adorar las partículas que inhalarían por la nariz, ofreciendo un uso inédito de los asignados a un billete y un documento de identidad.

- ¡Bueno!. ¡Muy bueno! –decían algunos expertos saliendo del coche y frotándose la nariz-.

- ¡Huy, como pica! –dijo alguna chica-.

Supe que tarde o temprano me debería enfrentar a ello, cuando no tardé en oír una voz a mis espaldas que demandaba mi atención. Con unas pupilas dilatadas -no sé si por la falta de luz o por alguna otra sustancia-, la blanca y fina piel sonrojada, que distanciaba su rostro de la madurez, su pelo liso que no llegaba al cuello y con una tímida sonrisa, se ofreció a compartir un gramo de la nueva sustancia. En un principio, rehusé su oferta, pero verla dentro del coche agachando la cabeza para aspirar aquellas moléculas de polvo blanco, me llevaba a imaginarla con su fragilidad acrecentada, a efectos del estupefaciente y, limpiándose graciosamente su blanquecina nariz, con una sonrisa, decía: “¿Ves como no pasa nada?”. Así que en una actitud adulterada, me adentré en el vehículo para solidarizarme con ella y compartir una parte de la mercancía. Dispuesta sobre un práctico documento de identidad y haciendo uso de otro para separar las dosis, confeccionaba unas rayas que debían ser aspiradas con un billete convenientemente enrollado sobre sí mismo, a modo de conducto que facilitase la tarea de aspiración. Lo hice. También aspiré. Las primeras sensaciones fueron

unos picores en la nariz, ganas de estornudar y cierto lagrimeo en los ojos, efectos poco atractivos para una nueva experiencia que para el resto de mis compañeros resultaba magnífica, pero posteriormente, en mi interior, se acrecentó un estado de relajación. Parecía que la fuerza de la gravedad disminuyese su poder. Luego los sonidos se tornaron magnéticos, las luces hipnotizantes. Todos danzábamos sin cesar ni sentir la fatiga, al ritmo de una música concebida junto a las sustancias que potenciaban su actividad, allá por donde la tiniebla habita.

Entre individuos con la mandíbula tensa, a causa de otros derivados, ella se acercó a mí en una danza erótica, potenciada por los alucinógenos que circulaban en sus venas, y volvimos a salir de tal lugar subyugado al exotismo. Aquella vez no fuimos a buscar el coche donde quedaban algunos amigos. Lucían muchas estrellas en el cielo. La noche era muy clara y el verano la hacía mucho más atractiva. Fue allí, en un rincón un tanto alejado del ambiente nocturno, donde despedimos nuestra virginidad.

Primero fueron unos besos poco interesantes, luego, las circunstancias cobraron mayor emoción cuando otorgamos plena libertad a las manos, pero buscando ya la culminación de nuestros actos, prontamente pasamos a... Fue bastante delusorio. A ella al principio le dolió y sangró un poco, causando cierto temor, por otro lado, tras reemprender cuanto habíamos ido a officiar, yo no pude contener mi secreción tanto como hubiese deseado. No resultó tan especial como decían. Luego lo intentamos remediar con un gramo más y volvimos al entorno del hechizo infernal.

Poco a poco el ambiente, como la noche, se iba apagando. Había menos coches, menos gente, más botellas y vasos esparcidos, la intensidad de la música era menor y poco variada en acordes, las ganas de bailar se convirtieron en

vómitos y mareos. Mientras reposábamos algunos efectos tumbados en el aparcamiento, junto a ella, mirando una noche que comenzaba a blanquear, dijo:

- Mira que bonita esta hoy la luna.

Efectivamente, allí, presidiendo la cúpula celeste y acompañada de una estrella a cada lado, observaba como habían envenenado el encanto de su noche, para tristemente decolorarse entre la luz del amanecer. El ambiente había cerrado sus puertas. Todo el mundo regresaba a su lugar de reposo diurno, aguardando el próximo fin de semana.

- Sabes, voy a hacerme un tatuaje –añadió ella nuevamente abstraída en aquel firmamento-.

Antes de marcharnos, todos los que allí quedábamos volvimos a aspirar unas rayas más, después, cada uno se subió al coche en el que había venido y emprendimos la vuelta a casa, cada uno por su lado. Aquel fin de semana me había gastado más dinero que nunca.

Para apurar la jornada de diversión, sólo cabía una pequeña muestra de habilidad al volante, en una ridícula competición de velocidad, aprovechando el escaso movimiento de vehículos en la calzada y junto a las primeras incidencias solares.

-VI-

De pronto, una luz surgida del mismísimo infierno, violada por la velocidad del trueno, y un camión fantasma, gobernado por un ángel de la oscuridad, abortaron un final feliz, para convertirlo todo en un baño de sangre y dolor, entre el crujir de los hierros retorciéndose para amasar mi cuerpo y los de mis

acompañantes. Yo resulté el más perjudicado tras perder a todos mis amigos. Ví el coche que tanto sacrificio me había costado, reducido a un amasijo de hierros. Quedé parapléjico, cargando en mi conciencia con la muerte de dos amigos y la pérdida de una enamorada que se fue con el coche, un mediocre deportivo de tres puertas que dificultaron el acceso para rescatar a quienes ocupaban los asientos posteriores. Tal vez con un minuto se hubiesen salvado. Siempre me quedará la duda.

La luna que presencié cómo nos envenenábamos en un entorno demoníaco, danzando en las mismísimas entrañas del infierno, quedó impresa en mi retina para recordar la pérdida de la inocencia. Junto a ella dos estrellas. Un tatuaje perfecto.

Daniel Balaguer

<http://www.danielbalaguer.es>

<https://sites.google.com/site/danielbalaguer>